

Hoy presentamos el libro número 20 de la Conversación Analítica. Libro 20 porque fueron 20 las jornadas de trabajo que nos convocaron a conversar, sin embargo, en la biblioteca, son 19, ya que uno de ellos ha decidido contener dos. Al menos uno debía salir de la cuenta del uno por uno.

Este, libro concebido en las jornadas anuales del 5 de noviembre de 2022, gestado a lo largo de las mañanas de todos los lunes del 2023 con mi colega María Teresa Avellaneda, y nacido en las jornadas del año pasado, hoy nace nuevamente en esta presentación, ya que como dice Saer en *El entenado*: “No se sabe nunca cuando se nace, el parto es una simple convención. Mucho mueren sin haber nacido, otros nacen apenas, otros mal, como abortados. Algunos, por nacimientos sucesivos, van pasando de vida en vida, y si la muerte no viniese a interrumpirlos, serían capaces de agotar el ramillete de mundos posibles a fuerza de nacer una y otra vez”.

“La sesión analítica” fue el tema bajo el que nos enmarcamos para trabajar ese año. Iba a comenzar esta presentación haciendo una aseveración: “La sesión analítica es un artificio”. Es Freud quien en “Recordar, repetir y reelaborar”, plantea a la sesión como un espacio reglado, en el cual se puede intervenir y operar sobre el síntoma a través de la puesta en forma de ese dispositivo que allí califica de “artificial”. Lacan hará un uso parecido en el Seminario 17, cuando dice que sólo “mediante condiciones artificiales” un analista puede instituir la experiencia analítica.

Claro que aquí no se refieren a lo artificial como contrapuesto a algo genuino en un sentido peyorativo hacia la sesión analítica. Sabemos que, para el psicoanálisis, el ser humano ha perdido la con-naturalidad al entrar en el campo del lenguaje. Por ende, toda producción del hablante-ser nada tiene que ver con la Naturaleza. La dimensión de verdad-falsedad, no será algo que ponga en duda la sesión, porque lo ficcional en juego, no deja de producir efectos. La llamada “noción de realidad” es la consecuencia de una construcción imaginario-simbólica que el sujeto adopta como tratamiento frente a la castración, y esto mismo es lo que se pondrá a jugar en las sucesivas sesiones.

A partir de los años setenta, sobre todo en el abordaje de la obra de Joyce en el seminario 23, lo artificial da paso al artificio, en el sentido de que el artificio es aquello que está bajo arte, y el arte es el conjunto de preceptos puestos en función de un “bien hacer” algo. De este derivan varias connotaciones que pueden tomarse para pensar cuestiones que versan al dispositivo, como que su procedencia es del latín *artis* que significa “habilidad”, o que un derivado de este es “artero” que significa engañoso, “enartar” que es engañar, hechizar. Pero el que más le interesa a Lacan es el que tiene que ver con “artifice”: tomado de *artifex*, compuesto por el

verbo *facere*; hacer, o “artificial”: *artificius*, artilugio, disimulo, astucia, doblez.

Recordemos que cuando Lacan se pregunta ¿Qué es el Psicoanálisis? Su respuesta es que es un arte, poniendo una definitiva distancia con la Ciencia.

Para esta época, reformula el concepto de síntoma más allá de la operación significativa, comportando una satisfacción paradójica, opaca al sentido y residual al análisis, en donde el síntoma mismo es el que de algún modo se transforma en arte, el que confiere sus rasgos formales y estilísticos a la creación. Se trata de un “saber hacer” que es: “dar a la lengua en la que escribe otro uso (...) un uso que está lejos del ordinario. Esto forma parte de su saber hacer” (Joyce). Para Lacan eso mismo constituye al sujeto en el artista y en el artífice (*ars* “arte”, *facere* “hacer”), como por ejemplo con Joyce para quien: “la escritura es esencial a su ego”.

Es en la consecución de este desarrollo que planteo que el significante “sesión” es en sí mismo un artificio, porque el significante lo es, impuesto en un principio, por el carácter parasitario del propio lenguaje. Pero no deja de ser un modo de hacer, mal o bien, mejor o peor, que viene al lugar de una falta. La hace entrar a jugar en el campo del ser hablante. El significante da cuenta de que hay falta, y porque falta, y porque hay un vacío, hay juego. Es necesario el vacío para en cualquier tablero, de cualquier juego, se puedan mover las fichas. Freud compara en “La iniciación del tratamiento” el juego del ajedrez con la práctica del tratamiento psicoanalítico, en el punto en que en ambos se puede reglar su comienzo y su final, “puede estar sujeta a una exposición sistemática exhaustiva”, dice, pero no “la infinita variedad de las jugadas siguientes a la apertura”. La enormidad de las variaciones en el “juego medio”, nos limita a una infinitud finita de contingencias que abren la invitación a un saber hacer, vez por vez.

Es así que podría pensar a la sesión analítica como un artificio en tanto pone en función la posibilidad de un saber hacer con la palabra, la escucha, la escritura y la lectura, no siempre, no en todas, ese hacer pueda ser circunscripto en un bien, pero cuando algo de esto sucede, parafraseando a Lacan, es donde el artista puede convertirse en el artífice y artificio mismo con su propia falta.

Gracias a todos, y estará, en el arte de cada quien, saber hacer nacer con su lectura, otra vez, una vez más, este libro. En el mejor de los casos, será otro, quizá sea el mismo, o también, en el menos fructífero, podrá nacer abortado.

Sebastian Cariola